

EL PROFESOR GUERRERO LOVILLO EN LA RECREACIÓN DE SUS TRABAJOS

Cuando lo que se quiere decir no se puede expresar, se escribe. Pero cuando se tiene dolor, mucho dolor, hasta la palabra escrita se bloquea. ¿Cómo escribir de una persona en pasado en lo que fue, si para los que lo quisimos, para los que lo queremos, sigue vivo? ¿Cómo glosar la figura, los trabajos, los escritos, la vida, las obras de José Guerrero Lovillo, hablando de todo ello en pasado, si todas esas obras siguen ahí, en la luz del eterno presente?

Cuando se escribe sobre el dolor, surge la elegía, ese dolor profundamente sublimado en poema. Porque el poema es la manera de sublimar el dolor a través del arte. Y hay dos grandes elegías en la lengua española. Una de Jorge Manrique, la otra, de Federico García Lorca. En las dos, no se puede decir tanto, tan concentrado, tan poderoso y tan sublime sobre el dolor.

Las Coplas de Jorge Manrique por la muerte de su padre hablan de fugacidad, de cómo se pasa la vida y de cómo se viene la muerte tan callando, quizás habría que decir tan dolorosamente callando. Y se habla de los méritos del maestro, pero no de una manera convencional. Es el mismo hijo el que habla con dulzura de su padre. Y es cierto que ha traspasado un umbral, el umbral de la muerte y que se ha pasado hacia otra vida, se ha atravesado ese umbral hacia la existencia en la luz. Pero hay una tercera vida. Y es la misma muerte la que le habla de ella al caballero, un tema muy medieval, el de la propia muerte que habla, pero que aquí bien pudiera ser el hijo que le habla al padre sobre esa tercera vida, la de la Fama, la de la memoria, ese entrañable legado que dejan los que traspasan ese umbral, tenebroso por desconocido, a los que se quedan. Y así la muerte, con su tremendo desgarró de la separación violenta, no se hace tan amarga, ... "pues otra vida más larga de la fama gloriosa acá dexáis".

Y el Profesor Guerrero Lovillo se nos hace visiblemente tangible en sus creaciones, quedando entre nosotros poderosamente marcada su presencia en esa tercera vida a la que se refiere Jorge Manrique en sus Coplas.

Y esa tercera vida, ese legado, esa memoria, es el maravilloso consuelo que tenemos no los que lo quisimos, en pasado, sino los que lo seguimos queriendo, así,

en presente. Porque se nos hace palpable en esa tercera vida, a través de sus trabajos, de sus creaciones, de sus recreaciones.

En esa tercera vida de Manrique, José Guerrero Lovillo, se nos aparece ante todo como un creador. Un creador en todo el sentido de la palabra. Un creador con los dibujos, con los pinceles. Un creador con las palabras. Un creador hasta en la misma ciencia de la Historia del Arte, porque él llevaba el dato histórico a lo más lejos que se puede llevar. Lo recreaba, lo soñaba, lo interpretaba en la recreación, en el sueño. Hacía arte de la pura interpretación histórica, sin quedarse en la materia de los datos, volaba, se remontaba, soñaba. Como debe de hacerse. Un creador en la misma disciplina académica. Y eso lo sabemos los que tuvimos no ya el honor sino el placer, el inmenso placer, de ser sus alumnos. Sus clases eran puras sugerencias, puntos de partida para vivir, para soñar la Historia del Arte. Y si alguna vez veía reflejada en nuestros rostros de aprendices alguna sombra de perplejidad, no dudaba en coger la tiza y disipar nuestras dudas sobre la pizarra creando y recreando un trazo, una línea, el perfil de una torre, todo el diseño de un arquitecto, todo el sueño de un artista. Y en sus manos, la tiza dejaba de ser tiza y adquiría inesperadas calidades estéticas, trazos finísimos, como si se tratara de lápices, plumas o pinceles. Y entonces aquello no era ya una clase de Historia del Arte. Aquello era simplemente Arte.

Un creador también en sus palabras, habladas y escritas. La creación es una emanación en distintos niveles. Se crea, se recrea, se sueña el objeto de creación. Objeto que no es tal objeto. Porque no es sino el mismo creador reflejado. Es el creador, que sigue viviendo en la materia a través de su creación, en esa vida emanada, perpetuada, a la que se refiriera siglos atrás Jorge Manrique.

Y en esos niveles de creación, de emanación, podríamos contemplar las creaciones, los trabajos del Profesor Guerrero Lovillo en tres grupos: los trabajos creados, los trabajos recreados y los trabajos soñados.

Entre sus trabajos creados, destaca con brillantez su tesis doctoral sobre Las Cantigas, en su estudio artístico y arqueológico de sus miniaturas. Trabajo de juventud, ilusionado, combativo en cuanto a su dificultad, muy nuevo en la manera de exposición, en sus elegantes e innovadores dibujos, diseños, que no dudamos hubieran conmovido, dada su viveza, al mismo Rey Sabio. Porque a pesar de ser un trabajo de juventud el tema estaba enfocado con una sorprendente madurez, combinada con una savia nueva que vivificaba un tema eterno.

Pero siendo un especialista sobre el tema, especialista a un nivel prestigioso internacional, ya que años más tarde intervendría en distintos certámenes celebrados en los Estados Unidos sobre la miniatura alfonsí, no se contentaba con quedarse en la pura especialización. Veía con aguda clarividencia los peligros de una excesiva especialización. Es decir, un mundo limitado. Todo lo opuesto a la inquietud intelectual, a la profunda inquietud intelectual, artística y espiritual de la que gozaba, y nos hacía gozar a los demás, el Profesor Guerrero Lovillo. Y así investigó el mundo medieval más allá de la miniatura, adentrándose en la arquitectura gótica andaluza. Y más lejos llevó todavía su profunda inquietud. Lo llevó a la otra cara de la moneda

medieval hispana, es decir, al mundo musulmán. Comprendió perfectamente la belleza abstracta de la estética musulmana en un momento en que la historiografía del arte aún la consideraba un tanto ajena y extraña, dominada por la visión gótica, renacentista y barroca. Y el Profesor Guerrero se sumergió allí, en un territorio sin explorar, donde cada paso era un salto en el vacío, pero en un vacío lleno, lleno de sugerencias. Se sumergió en el laberinto de la urbanística de la Sevilla musulmana, y nos lo hizo degustar paso a paso. Se puso en la visión de los últimos musulmanes que poblaron Sevilla y que consideraban a su conquistador, Fernando III, pese a ser enemigo, con enorme respeto, y lo veían como un hombre dulce con un gran sentido político. Reconstruyó la Sevilla de los taifas y nos hizo revivir el misterio de sus alcázares perdidos. Y decimos perdidos, sí, porque antes de que el Profesor Guerrero se sumergiera en su estudio, perdidos estaban. Sólo eran sugestivos nombres que se perdían en la sombra de la poesía. Sobre todo el Al-Qasr al-Mubarak, el portentoso Alcázar de la Bendición de aquel rey poeta. Estaba perdido bajo el nuevo palacio del rey Don Pedro. Pero el Profesor Guerrero con su luminosa intuición nos lo recuperó para la Historia del Arte, dando en la clave de su misterio, viendo y haciéndonos ver con diáfana claridad, que todavía estaba allí, levantado, recogiendo toda la herencia clásica del califato. Allí, en pie, disfrazado levemente de mudéjar, pero allí, en pie.

No sólo recuperó para Sevilla el viejo palacio de Al-Mutamid. El Profesor Guerrero compartía con su fraternal amigo Joaquín Romero Murube un profundo amor por esta ciudad. Y a ella dedicó profundos estudios, profundos desvelos, intentando, como también lo hiciera Romero Murube en el ámbito de la poesía, escudriñar sus secretos, entreabriendo sus cancelas en un hermoso trabajo, que es la mejor manera de abrir la puerta de una ciudad mágica, de una ciudad siempre en contraluz. Y a ella le dedicó una preciosa Guía Artística, para el disfrute de sus tesoros, para ir descubriendo con su prosa intimista los secretos artísticos de la ciudad. Una Guía que con el tiempo se ha convertido en un clásico.

A la Catedral de Sevilla dedicó también una sugerente monografía, desde sus inicios islámicos, que él entendía como nadie, hasta ir desvelando poco a poco el devenir de sus enormes riquezas artísticas. Y siguió los avatares de un Valeriano Bécquer, romántico y andariego, las elegantes pinceladas de un Antonio María Esquivel. Se sumergió en los procesos creativos de Murillo, buscando la pista a los grabados que inspiraron la Santa Isabel, estudió las calidades de la madera en un Pedro Duque Cornejo, las vicisitudes artísticas de los maestros yeseros sevillanos del siglo XVI, el sentir espiritual de los ángeles de Martínez Montañés. Y siguió los pasos universales de un también sevillano universal: Flandes e Italia en el vivir de Velázquez. Todo ello en una prosa que trascendía el puro estudio histórico. En una prosa sugestiva, diáfana, clara, rotundamente elegante. En una prosa creativa. Y en medio de todo ello, la Giralda. Siempre la Giralda.

Pero el Profesor Guerrero Lovillo iba más lejos en sus inquietudes. Creó una espléndida monografía en dos volúmenes sobre El Greco, bajo los auspicios del Instituto Editoriale de Milán, y que desafortunadamente se malogró en su publicación,

que no en su creación. Porque allí el Profesor Guerrero plasmó la sensibilidad, las vivencias y el soñar la pintura de aquel caballero griego que se hiciera caballero toledano. Y en sus palabras reviven sus vigorosas y audaces pinceladas, su concepto tan moderno del arte de la pintura.

Escribió una Historia del Arte de la Andalucía Prehistórica, Antigua y Medieval, bajo el patrocinio de la Fundación March, obra de gran complejidad por ser Andalucía para los historiadores en muchos aspectos terra incógnita, insondable, misteriosa. Realizar ese trabajo desde la enigmática y siempre cambiante Prehistoria andaluza hasta las sugerencias tan desconocidas del arte hispanomusulmán andaluz era un auténtico reto que él resolvió con claridad y brillantez. Y esa obra hoy es de obligada consulta para el que quiera sumergirse en los variados misterios del primer arte andaluz.

Y los trabajos recreados. Porque el Profesor Guerrero no se limitaba a crear. Sino que creaba y recreaba. En su mente, en su espíritu, en su corazón. A las Cantigas volvió una y otra vez, desde distintas perspectivas, que presentó brillantemente en distintos foros internacionales (la última vez, en la Universidad de Harvard), desde distintas visiones, siempre buscando, incansable, las últimas motivaciones de los quehaceres de aquel Rey Sabio, también infatigable en sus búsquedas artísticas.

La Sevilla musulmana, siempre tan misteriosa, siempre tan esquiva, tan profundamente desconocida, la creaba y la recreaba, buscando también su último y recóndito secreto. Y es una lástima que, por penosas divergencias, la colección Historia de Sevilla de esta Universidad quedara privada de su valiosa contribución a la época islámica, en un texto sugerente que permaneció inédito.

Y la Giralda. Siempre la Giralda. Creada, recreada, soñada. Vivida desde las sensibilidades de sus artífices, sentida desde sus recias calidades en piedra, hasta la delicadeza de sus audaces diseños en labor de sebka, que él entendió hasta la compenetración, hasta vivirla, sentirla, crearla y recrearla. Tanto, tanto, que nunca estaban sus trabajos ultimados para la imprenta. Desde su perspectiva, por supuesto. Porque siempre, siempre, la seguía soñando hasta la perfección.

Y la Giralda nos lleva a los trabajos soñados, al último centro de emanación de los procesos creativos. Al centro de la creación. De allí de donde salen las ideas, donde más se las vive, donde más se las sueña.

Y un sueño siempre para él fue la Alhambra, en sus conexiones con el arte almohade, fuente inagotable de gozosas experiencias artísticas, que estudiaba y estudiaba, verano tras verano, en sus diseños preciosistas, aparentemente frágiles, pero retando el paso del tiempo. Y un sueño siempre era Córdoba, referencia fundamental, como una estrella que brilla con luz propia, norte y guía de los taifas. Y tras Córdoba, Bizancio. Y más allá Grecia. Los orígenes. Grecia. Un sueño del Profesor Guerrero Lovillo era rehacer los pasos de Pausanias, aquel viajero griego del siglo segundo de nuestra era, que describía vigorosamente una Antigüedad clásica todavía viva ante sus ojos. Como también estaba viva a los ojos del Profesor Guerrero.

Comenzábamos este trabajo con las dos grandes elegías de la literatura española, auténtica sublimación del dolor en poesía. La de Jorge Manrique nos sugirió esa tercera vida, la de la Fama, en trabajos, quehaceres e inquietudes, que perduran. La de García Lorca nos hace una semblanza. Porque gran parte de lo que el poeta intuye y dice de Sánchez Mejías bien se pudiera aplicar al Profesor Guerrero, en nobleza, en fortaleza, en corazón. Su “corazón, tan de veras, su dibujada prudencia”. Y su espléndido sentido del humor, auténtico regalo para todos, porque también “su risa era un nardo de sal y de inteligencia”. Los que disfrutaron de su generosa y noble amistad bien lo saben. El sentía además especial deleite y estremecimiento ante esos versos lorquianos que él consideraba cumbre de la poesía española.

Porque el Profesor Guerrero Lovillo, como creador que era, amaba y admiraba las otras artes. No es muy conocida su devoción hacia Mozart. Sí lo era en cambio su afición a los toros, que él siempre consideraba como un arte serio y profundo (su respeto sublime hacia Manuel Rodríguez, Manolete; Juan Belmonte y José Gómez Ortega). Y la literatura, que la disfrutaba, que la vivía entrañablemente. A Cervantes no es que lo leyera, es que lo hacía suyo. Era Don Miguel, como si acabara de estar con él de tertulia literaria. Poca gente conoce sus entusiasmos ante la viveza de las novelas de Galdós, sus fervores por la magia del lenguaje de Gabriel Miró, por la prosa de José Martínez Ruiz. Precisamente con Azorín mantuvo una mágica entrevista un mes antes de que falleciera el escritor alicantino. Siempre admiró de él su prosa concisa, diáfana, sus sugerencias en la luz, en la claridad. Porque el Profesor Guerrero amaba todo lo claro y diáfano, todo lo luminoso.

Y entre sus vivencias literarias, Rilke. A Rainer María Rilke no es que lo leyera, es que lo traducía directamente del alemán, como para penetrar aún más en su obra, en el sentido profundo de su poesía insondable. Y quizás es que había un punto biográfico común entre los dos. Rilke encontró en Ronda, en plena sierra andaluza el centro, el germen, la clave de su vida y de su poesía. El poeta alemán quedó sobrecogido en Ronda y se encontró a sí mismo. El Profesor Guerrero vio la luz por primera vez en un hermoso pueblo de la Sierra de Cádiz, Olvera. Ese era su germen, allí también se encontró a sí mismo, a él muchas veces volvía, aunque fuera con el pensamiento, con el alma.

Y con Rilke despedimos esta semblanza, compartiendo el sentimiento en los versos finales de su Elegía de los Muertos, del libro *Las elegías del Duino*. Y utilizamos la propia versión del Profesor Guerrero Lovillo:

“Y nosotros, que pensamos en una felicidad creciente, sentimos la emoción que casi nos anonada cuando algo feliz se derrumba”.

Pero, como la misma elegía dice, “Y más alto, las estrellas...” Y como las estrellas, los trabajos del Profesor Guerrero Lovillo, sus trabajos creados, recreados y soñados siguen brillando en la eterna luz. Siguen vivos. Así, en presente.